

NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO ARTISTICO DE PAUL KLEE

Exactamente el pasado 18 de diciembre se cumplía el centenario del nacimiento de Paul Klee, uno de los más grandes creadores del arte de nuestro siglo. Al coincidir nuestro artículo con una tan importante efeméride, se refuerza la oportunidad, tan claramente actual, de reflexionar en torno a la obra del genial pintor suizo. Sin embargo, en esta evocación hay algo más que una simple y feliz coincidencia cronológica: Klee, espíritu independiente e individualista, de técnica depurada hasta lo maníaco y dotado de una excepcional capacidad para teorizar críticamente sobre los problemas de la creación artística, suele ser una personalidad que encaja mal en los esquemas de las historias del arte. Es lógico porque su talento y originalidad indudables no se apoyan en ninguna tendencia o grupo, a la vez que tampoco da pie a ninguna escuela; él precisamente, que empeñó gran parte de su vida en la tarea académica de enseñar. No es que tampoco lo pretendiera, desde luego; como se deduce de su concepción didáctica desarrollada en la Bauhaus, en la que insiste sobre la inconveniencia de aquellos maestros que, en vez de ayudar a sus alumnos a encontrar su propio camino hacia la creación, tratan de imponerles el suyo. Sin embargo, esta falta de encuadramiento es la que ha retrasado su popularidad y la que le da ese aire misterioso y flotante que nunca se acaba de aclarar en los manuales. Por otra parte, hubo que esperar hasta los años cincuenta para que fuera aireado su nombre en los círculos de la abstracción francesa, y para que, en boca de su portavoz Ragon, sea considerado tan importante como el de Picasso o el de Kandinsky... Pero, al final, con todos los reconocimientos y medallas de la modernidad institucional, siempre esquivo, un poco inalcanzable; en su aristocrática impenetrabilidad, un desafío. Quien se interroga sobre Klee no puede evitar afrontarlo, lo cual significa, más en él que ningún otro, tratar de hacerse con sus razones, conocer su pensamiento artístico.

Un pensamiento artístico que surge orgánicamente de una vida y de una obra. «Un pintor que se dirige al público —afirmaba Matisse—

no para presentarle sus obras, sino para revelarle alguna de sus ideas sobre el arte de pintar, se expone a numerosos peligros.» La justa advertencia de Matisse no compromete, sin embargo, a una personalidad como la de Klee, en la que las ideas nunca se producen al margen o a costa de su práctica artística, sino integradas inseparablemente en un mismo proceso, lo cual no deja de ser excepcional en el arte contemporáneo. En este sentido, la obra escrita de Klee no es accidental o meramente complementaria respecto a su pintura, sino que surge del interior de ella misma, del mismo centro de sus obsesiones y problemas como creador. He aquí el porqué del género que escoge para explicarse: un diario, un diario que cuida y revisa con el mismo mimo y atención que cualquiera de sus cuadros, un diario en el que nunca queda desmentido, y en el que se sigue encontrando al final de su vida como si ésta hubiese fluido de una vez.

En realidad esto es precisamente lo que ocurre:

La historia de la vida de Paul Klee tiene muy poca importancia en relación con su obra artística, ya que no se distingue por hechos decisivos ni tensiones dramáticas...; su actividad artística y su misma existencia estuvieron preferentemente dedicadas a la reflexión y a la búsqueda. Una existencia, pues, que ha coincidido con el proceso de madurez y de desenvolvimiento interior, escapando a la escueta relación de los hechos históricos. Ya Grohmann —el primero en redactar una biografía calificada y meticulosa de Klee— ha comparado su acontecer al desarrollo de una planta, que crece de año en año sin que su crecimiento se vea marcado por fechas o hechos singulares (Hans Jaffé).

Pero entonces, ¿qué registra el diario de una vida en la que no pasa nada? ¿Se tratará acaso de un diario romántico de esos que hacen épica de la intimidad? Klee, que tuvo desde luego mucho de romántico, tampoco habla especialmente de sí mismo; más aún, según pasa el tiempo, cada vez habla menos de sí mismo por sí mismo, y más de sí mismo como ámbito donde tiene lugar la creación. En una palabra: a Klee no le interesa la vida, ni su vida, sino en la medida de su trascendencia, porque Klee no quiere contarnos cómo vive, sino contarnos y también contarse cómo crea. Por eso tiene razón Felix Klee al advertir en el prólogo de la publicación de los diarios de su padre que quien los lea

penetrará... en un mundo misterioso y extraño, peculiar y alerta: el del *pintor* Klee; como también tiene razón cuando señala, inmediatamente después, que sin duda las anotaciones de su diario no estaban en principio destinadas a la publicación, sino úni-